

UNA SERIE DE LECCIONES EN VIDEO

EL CREDO DE LOS APÓSTOLES

Ponente: Rev. Cornelis Harinck

LECCIÓN 7: ARTÍCULO 6 – LA EXALTACIÓN DE CRISTO



Encomendando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

Instituto John Knox de Educación Superior
Encomendando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

© 2021 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, excepto en citas breves para propósitos de reseña, comentario o investigación académica, sin el permiso escrito del editor, John Knox Institute, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, EE. UU.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas de esta publicación han sido tomadas de la Reina-Valera 1960 TM © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Derechos renovados 1988, Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

El reverendo Cornelis Harinck es pastor emérito de las *Gereformeerde Gemeenten* (Congregaciones Reformadas) en los Países Bajos.

www.gergeminfo.nl

EL CREDO DE LOS APÓSTOLES

13 LECCIONES

por el Rev. Cornelis Harinck

1. Introducción
2. Artículo 1 — Dios el Padre y la creación
3. Artículo 2 — El Señor Jesucristo, el Hijo unigénito de Dios
4. Artículo 3 — La concepción y el nacimiento virginal del Salvador
5. Artículo 4 — El sufrimiento de Cristo
6. Artículo 5 — La resurrección de Cristo
- 7. Artículo 6 — La exaltación de Cristo**
8. Artículo 7 — Cristo como el Juez de los vivos y de los muertos
9. Artículo 8 — Dios el Espíritu Santo
10. Artículo 9 — La iglesia universal de Cristo
11. Artículo 10 — El perdón de los pecados
12. Artículo 11 — La resurrección del cuerpo
13. Artículo 12 — La vida eterna

7 LECCIÓN

ARTÍCULO 6: LA EXALTACIÓN DE CRISTO

El Credo de los Apóstoles ha unido a cristianos de diferentes épocas, lugares y tradiciones. Proclama verdades eternas para la vida de hoy. Escrito aproximadamente 300 años después del nacimiento de Cristo, el Credo de los Apóstoles resume las creencias cristianas fundamentales. Ha sido utilizado como una declaración de fe y en la adoración por muchas denominaciones. El hecho de que tantos en la iglesia primitiva murieran por su fe significa que estaban involucrados en algo más grande que ellos mismos. ¿Cuáles eran esas verdades? ¿Cómo usaron los pastores y teólogos de la iglesia primitiva el Credo de los Apóstoles como guía esencial para los principios básicos de la vida cristiana? El reverendo Cornelis Harinck presenta ese credo. Nos muestra las verdades incrustadas en el Credo de los Apóstoles que solemos dar por sentadas, cuando en realidad deberían ganarse nuestra lealtad hasta la muerte.

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 7:

El sexto artículo del Credo de los Apóstoles declara lo siguiente: «Subió al cielo, y está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso». Jesús ha ascendido al cielo. La ascensión de Jesús y su estar sentado a la diestra de Dios suelen recibir menos atención que su nacimiento, muerte y resurrección. A nuestros ojos, el nacimiento, la muerte y la resurrección de Cristo son más importantes que su ascensión. Sin embargo, sin la ascensión de Jesús y su estar sentado a la diestra de Dios, la Navidad, el Viernes Santo y la Pascua quedarían despojadas de su significado. La ascensión de Jesús y su estar sentado a la diestra de Dios es la evidencia tangible de que Dios el Padre ha aceptado todo lo que Jesús hizo. Es como si Dios el Padre hubiera dicho: «Bien hecho, Hijo mío. Ven y siéntate en el trono a mi diestra».

Jesús permaneció en la tierra durante cuarenta días después de su resurrección. En esos días se apareció repetidamente a sus discípulos. Lucas afirma que les habló «acerca del reino de Dios» (Hechos 1:3). De pronto aparecía y luego desaparecía. El cuerpo resucitado de Jesús poseía otras cualidades. El cuerpo que Jesús mostró a sus discípulos después de su resurrección era el mismo que había sido crucificado, muerto y sepultado. Como prueba, Jesús mostró a sus discípulos las cicatrices de los clavos, con los cuales había sido clavado en la cruz. Sin embargo, su cuerpo estaba sujeto a leyes distintas de las que conocemos. Era un cuerpo glorioso, libre de todas las debilidades de nuestra caída, un cuerpo apto para los lugares celestiales. Cambió en sus cualidades, de modo que, en lugar de débil y mortal, llegó a ser glorioso e imperecedero.

La Biblia enseña que, después de la resurrección de entre los muertos, los creyentes poseerán un cuerpo semejante al cuerpo glorificado de Jesús. Pablo dice, en Filipenses 3:21: «el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya». ¿Qué gloria será esa? Podemos formarnos cierta idea de esa gloria por lo que los discípulos vieron en el Monte Tabor. Vieron a Jesús, cuyo «aspecto de su rostro se hizo otro, y su vestido blanco y resplandeciente» (Lucas 9:29). Y Moisés y Elías también aparecieron en cuerpos gloriosos. Nuestros cuerpos frágiles llegarán a ser cuerpos gloriosos. Pablo los llama cuerpos celestiales. En 1 Corintios 15:49, dice: «Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial». Los cuerpos de los creyentes no serán del mismo tipo que ahora tienen. Será el mismo cuerpo pero con otras cualidades. Los cuerpos resucitados de los creyentes serán como el cuerpo resucitado y glorificado de Cristo. Nuestros cuerpos, si han de ser inmortales e imperecederos, deben ser cambiados. Mucho permanece aun oculto para nosotros, pero será un cuerpo capaz de vivir en la gloria celestial.

Los días transcurridos entre la resurrección de Cristo y su ascensión fueron días maravillosos para los discípulos. En primer lugar, Jesús había confirmado la realidad de su resurrección. Lucas dice: «Después de haber padecido, se presentó vivo con muchas pruebas indubitables» (Hechos 1:3). Jesús, que había muerto y había sido sepultado, apareció vivo en medio del pequeño grupo de sus seguidores. No se les apareció todos los días, sino intermitentemente. También se apareció en distintos lugares y en diversos acontecimientos. La interacción diaria con Jesús fue cambiada por apariciones intermitentes, con pausas cada vez mayores entre ellas. Así fueron preparados para la partida definitiva de Jesús. ¡Qué impresión indeleble habrán dejado estas apariciones en las almas de los seguidores de Jesús! Se habían encontrado con Jesús vivo, con el Cristo resucitado, con el Salvador que había vencido la muerte. Él había estado entre ellos como aquel que vive.

La ocupación principal de Jesús durante los cuarenta días entre su resurrección y su ascensión había sido la instrucción de sus discípulos. Lo que se afirma enfáticamente es que habló con ellos sobre «las cosas pertenecientes al reino de Dios» (Hechos 1:3). Jesús les había hablado con frecuencia acerca del reino de Dios. Habló de las llaves del reino de los cielos, que ellos iban a recibir, y habló del día en que se sentarían en tronos en su reino. Aun en la última cena, habló a sus discípulos acerca del reino de Dios. Dijo que bebería la próxima copa de vino en el reino de su Padre.

El reino de Dios fue un tema prominente de la enseñanza de Jesús. En los cuatro evangelios, Jesús habló no menos de sesenta veces sobre el reino de Dios. Los discípulos habían interpretado eso como una referencia a un reino terrenal, un reino más glorioso que el de David y Salomón. Como muchos judíos de su época, creían que en los días del Mesías se establecería un reino de paz, en el cual, Israel, con el Mesías en medio de ellos sentado como su Rey en su trono, tendría un papel prominente en la comunidad internacional de las naciones. Sin embargo, este sueño no se había hecho realidad.

La muerte de Jesús había confundido en gran manera a los discípulos respecto al establecimiento del reino mesiánico. Su esperanza en la venida del reino de Dios había sido aplastada por la muerte de Jesús en la cruz. Durante los cuarenta días entre la resurrección de Jesús y su ascensión, Jesús corrigió sus pensamientos carnales y erróneos acerca del reino de Dios. Les explicó la verdadera naturaleza del reino del Mesías. Sería un reino espiritual. Jesús

erigiría su trono en los corazones de los pecadores, y la plena realización de su reino solo llegaría al fin del mundo.

Primero, les dejó claro que su muerte y resurrección eran indispensables para la venida del reino de Dios. Por eso dijo a los hombres que caminaban hacia Emaús: «¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria?» (Lucas 24:26). Les mostró la necesidad de su muerte expiatoria. El reino de Dios no vendría sin que el Mesías primero hiciera expiación por el pecado; no hasta que la cabeza de Satanás hubiera sido aplastada y la muerte hubiera sido vencida. Se había predicho del Mesías que primero daría su alma en expiación por el pecado, y luego se levantaría de los muertos y vería los frutos de su muerte expiatoria. Isaías había hablado del Mesías: «Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada» (Isaías 53:10). Jesús también les recordó su llamamiento de predicar el evangelio del reino a todas las naciones y de ser sus testigos en el mundo. Les enseñó que este reino solo vendría después de que todas las naciones hubieran oído el evangelio: «Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin» (Mateo 24:14).

Por los breves relatos de las conversaciones que Jesús tuvo con sus discípulos después de su resurrección, sabemos que Jesús especialmente corrigió sus pensamientos carnales respecto del reino mesiánico. Durante cuarenta días fueron enseñados sobre las cosas pertenecientes al reino de Dios. ¡Qué entendimiento recibieron así en las cosas de Dios! Los cuarenta días entre su resurrección y su ascensión fueron como un gran seminario para los discípulos, durante el cual recibieron preparación adicional. Entonces todo encajó para ellos. Los capacitó para ser testigos de su muerte y resurrección, y para predicar el reino de Dios al mundo.

Al final de los cuarenta días, Jesús ascendió al cielo. Lucas nos dice que Jesús «estando juntos con ellos» (Hechos 1:4). El Maestro se reunió por última vez con sus discípulos aquí en la tierra. Jesús, también en su último día en la tierra, habló con sus discípulos acerca del reino de Dios, instruyéndoles: «Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado» (Mateo 28:19–20). Tras estas últimas instrucciones, Jesús salió delante de ellos hacia el Monte de los Olivos. Los discípulos se dieron cuenta de que estaban a punto de suceder grandes cosas. Esto los impulsó a hacer a Jesús la pregunta: «Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?» (Hechos 1:6). Al parecer, aún se aferraban a la noción de un reino terrenal limitado a Israel. Sin embargo, en esta pregunta resuena, sobre todo, un anhelo de que todas las cosas gloriosas que los profetas habían anunciado acerca del reino mesiánico se cumplieran. Muestra cuán intensamente anhelaban los discípulos el cumplimiento de estas profecías. Preguntaban si ahora se cumpliría todo lo que los profetas habían dicho y todo lo que Jesús les había dicho acerca del reino de Dios. ¿Sería este el momento en que el reino prometido de Dios sería inaugurado, y sería Israel elevado ahora de su humillación?

Jesús los reprendió por esta pregunta. No los reprendió por desear la restauración de Israel y el cumplimiento de las profecías respecto del reino de Dios. Los reprendió por querer saber cuándo y por qué medios sucedería esto. Les dijo: «No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola potestad» (Hechos 1:7). Debían dejar en manos de Dios «los tiempos o las sazones», esto es, el desarrollo de la historia, así como el momento exacto de la restauración de Israel. En lugar de satisfacer su curiosidad acerca de la restauración de Israel y el cumplimiento de las profecías, les recordó la tarea a la cual eran llamados. Les dijo: «pero

recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra» (Hechos 1:8). Llegarían a ser testigos al mundo y testificarían de la muerte expiatoria y de la gloriosa resurrección de Jesucristo. Sus labores no se limitarían a Israel. La gran comisión es: «Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura» (Marcos 16:15). En obediencia a su Palabra, tendrían que echar la red del evangelio en el mar de las naciones, como ocurrió con la pesca milagrosa unos días antes.

Así Jesús les enseñó acerca de las cosas pertenecientes al reino de Dios, hasta el último día de su estadía en la tierra. Después de esta instrucción final, Jesús alzó sus manos para bendecir a sus discípulos y ascendió al cielo. Lucas describe la ascensión de Cristo con lenguaje llano: «Y aconteció que bendiciéndolos, se separó de ellos, y fue llevado arriba al cielo» (Lucas 24:51). En el libro de los Hechos, Lucas añade: «viéndolo ellos, fue alzado» (Hechos 1:9). Con pocas palabras se nos dice lo que sucedió ante los ojos de los discípulos. ¡Y sin embargo, qué profunda impresión debe de haberles causado! Jesús fue levantado. Su cuerpo se desprendió de la tierra. Subió cada vez más alto, hasta que una nube lo ocultó de su vista. ¡Qué acontecimiento inexpresable y extraordinario! Los discípulos estaban acostumbrados a observar lo milagroso. Los acontecimientos extraordinarios ya no eran un misterio para ellos. Habían visto a Jesús hacer incontables milagros. Incluso habían visto a Jesús resucitar a los muertos. Sin embargo, lo que ahora presenciaban los llenó de asombro.

Vieron cómo los pies de Jesús se desprendían de la tierra, y cómo su cuerpo ascendía cada vez más alto, hasta que una nube les impidió verlo. Se dice: «una nube le recibió y le ocultó de sus ojos» (Hechos 1:9). La ascensión de Jesús fue una ascensión genuina y real al cielo. Jesús pasó del Monte de los Olivos al cielo de los cielos. Fue un acontecimiento visible, pues los discípulos lo vieron suceder ante sus ojos. No ocurrió en una visión ni en un sueño, sino mientras ellos estaban con Él en el Monte de los Olivos. Con sus ojos físicos lo vieron ascender al cielo. Fue una ascensión observable y corporal al cielo. Jesús ascendió al cielo con su cuerpo humano.

Los discípulos entendieron adónde había ido Jesús. Había regresado a su Padre. Sabían que Dios el Padre lo había enviado al mundo con una misión, y comprendieron que su tarea ya había sido cumplida. Mateo nos dice que «volvieron a Jerusalén con gran gozo; y estaban siempre en el templo, alabando y bendiciendo a Dios».

Jesús fue recibido arriba en el cielo. Fue la culminación de su labor terrenal. Él había terminado su obra. Se había efectuado la reconciliación; la muerte y el infierno habían sido conquistados. Satanás había perdido todo derecho sobre los elegidos por la muerte sacrificial de Jesús. La muerte expiatoria de Jesús le había aplastado la cabeza y quebrantado su poder. Sus discípulos habían sido instruidos respecto del reino de Dios, y Jesús los había equipado para ser sus testigos. Vendría el Espíritu Santo para enseñarles todas las cosas, consolarlos y permanecer con ellos para siempre. Jesús establecería el reino de la gracia de Dios entre todas las naciones por medio de su ministerio.

La Biblia declara que Jesús está ahora sentado a la diestra de Dios. Marcos dice: «Y el Señor, después que les habló, fue recibido arriba en el cielo, y se sentó a la diestra de Dios» (Marcos 16:19). ¿Qué significa esto? La diestra es el lugar de honor, favor y poder. La persona sentada a la diestra del rey es el favorito especial del rey. Comparte el honor, el poder y la majestad investidos en el rey. Jesús ha recibido este lugar en el cielo. Dios el Padre le dijo: «Siéntate a mi diestra» (Salmo 110:1). El Credo de los Apóstoles no solo afirma que Jesús está sentado a la diestra de Dios, sino que añade: «Padre Todopoderoso». Jesús comparte el poder y la gloria del

Dios Todopoderoso. Así se ha cumplido la profecía sobre el Mesías registrada en el Salmo 110: «Jehová dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies» (Salmo 110:1).

La Ascensión marca el regreso de Jesús al Padre, quien lo había enviado al mundo para ejecutar el propósito redentor de Dios. Dios había propuesto redimir a su iglesia de la destrucción mediante la obra mediadora de Cristo. Jesús habló repetidamente de la comisión que había recibido de su Padre. Dijo: «Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre» (Juan 10:17-18). Jesús había cumplido ya su obra. Podía decir a su Padre: «Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese» (Juan 17:4). Por tanto, al regresar al reino celestial, Dios el Padre lo coronó de honra y gloria, y le dijo: «Siéntate a mi diestra». El Cristo que había sido despreciado y crucificado en la tierra ahora está coronado en el cielo con honra y gloria. Ahora no hay ni burla ni oprobio, ni desprecio ni rechazo, ni sufrimiento ni abandono, sino honra y gloria.

Jesús está sentado a la diestra de Dios. El énfasis recae en que está sentado. La obra ha sido cumplida. La asignación ha sido completada. El honor de Dios y la salvación de los elegidos han sido asegurados. Jesús ahora puede sentarse. Jesús ahora se sienta en el trono como Rey. Aunque siempre fue Rey, ahora lo es de una manera nueva, como el representante de su iglesia. Jesús ahora se sienta, en nuestra naturaleza humana, en el trono del cielo. Ha dejado a un lado toda humillación, debilidad, sufrimiento y dolor, y, en el cielo, ha sido coronado de honra y gloria. La exaltación de Jesús es la corona sobre su sufrimiento y muerte expiatorios. Se dice: «habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas» (Hebreos 1:3).

Jesús está ahora en el cielo para bien de su iglesia en la tierra. A veces podemos suspirar: «¡Si tan solo Jesús todavía estuviera en la tierra!» De algún modo pensamos que eso simplificaría mucho las cosas. Al ascender al cielo, Jesús se ha apartado de su iglesia en la tierra y la ha dejado para que se defienda por sí misma en un mundo peligroso y malvado. Juzgaríamos que habría sido mejor si hubiera permanecido con su iglesia aquí en la tierra. Sin embargo, Jesús consideró que era para beneficio de sus discípulos que Él regresara a su Padre en el cielo. Dijo: «Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuere, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré» (Juan 16:7).

El derramamiento del Espíritu Santo en el día de Pentecostés es una rica bendición que se deriva de la ascensión de Jesús. Los profetas habían predicho que el tiempo del Mesías estaría acompañado por un abundante derramamiento del Espíritu Santo. Se quitaría el muro que separaba al judío y al gentil, y el Espíritu sería derramado sobre toda carne. Joel profetizó: «Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne» (Joel 2:28). El cumplimiento de esa promesa dependía del regreso de Jesús al Padre y de la culminación de su obra redentora.

Jesús continúa su obra también desde el cielo. Por su Palabra y Espíritu Santo, Él se reúne una iglesia «de toda nación y tribu y pueblo y lengua» (Apocalipsis 7:9). Su ministerio ahora tiene un alcance global. Se está cumpliendo la promesa hecha a Abraham. Todas las naciones de la tierra compartirán la salvación del Mesías, como Dios dijo una vez a Abraham: «En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra» (Génesis 22:18). Por su ascensión, Jesús ha llevado nuestra naturaleza humana al cielo. El apóstol dice que, de ese modo, los creyentes ya han sido

colocados en el cielo, a saber, en su cabeza y representante, Jesucristo. Se dice en Efesios 2:6, que Dios «juntamente con Él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús». Jesús ya ha tomado posesión del cielo en nombre de ellos, y ha prometido a su pueblo: «Voy, pues, a preparar lugar para vosotros» (Juan 14:2).

Jesús está ahora en el cielo. ¿Y cómo está presente allí? Está allí como el intercesor y abogado de su iglesia en la tierra. Pablo dice: «el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros» (Romanos 8:34). Los hijos de Dios tienen un abogado ante el Padre en el tribunal supremo, donde Dios está sentado en su trono, y así en el lugar donde todas las cosas son gobernadas. Cristo representa en el cielo los intereses de su iglesia. El apóstol dice: «el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros», y su sacrificio expiatorio hace legítima su intercesión.

Lo escuchamos orando, en Juan 17:11: «Padre Santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre», y eso es lo que Él está orando ahora en el cielo. Está cumpliendo lo que ha prometido: «y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella» (Mateo 16:18). ¡Cuán grande es esta consolación para los creyentes en la tierra! En su lucha con el mundo, el diablo y su carne pecaminosa, pueden saber que Jesús está orando por ellos. Él ora por ellos de manera semejante a como se lo prometió a Pedro: «Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte» (Lucas 22:31–32). Cuando tropiezan y caen en pecado, no necesitan desesperar, porque pueden traer a la memoria las palabras del apóstol Juan: «Si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y Él es la propiciación por nuestros pecados» (1 Juan 2:1-2).

Jesús ha ascendido al cielo y ahora reside allí a la diestra de Dios. En cuanto a su humanidad, se ha apartado de su iglesia y ya no está con ella. Como el Hijo del Hombre glorificado, Jesús está ahora en la gloria celestial. En cuanto a su deidad, Él todavía está con su iglesia en la tierra. Cumple lo que prometió antes de ascender al cielo: «y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mateo 28:20). Por medio del Espíritu Santo, Jesús está siempre con su iglesia en la tierra. El Espíritu Santo, el otro Consolador, ha establecido su morada entre los creyentes aquí en la tierra. Y de esta manera, Cristo está presente con su iglesia, en todas sus luchas, persecuciones, oprobio y sufrimiento, hasta el fin del mundo.

Gracias por escuchar esta lección. Esperamos que haya sido de bendición para ti. Acompáñanos en nuestra próxima lección, donde trataremos el séptimo artículo del Credo, en el cual confesamos: «Desde allí vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos».